

DISCURSO DE CLAUSURA

Ricardo Lagos Escobar

Presidente de la República

En primer lugar, quiero expresar la satisfacción de poder encontrarme esta tarde con todos ustedes. Y como Presidente, quiero agradecer a los destacados expositores extranjeros y nacionales que han participado en este Foro, porque es verdaderamente un gran privilegio haber contado con ustedes.

Hace cinco años creamos una Comisión que se planteara el desafío de pensar a Chile y América Latina con motivo del Bicentenario, que se está aproximando a nuestros pueblos. Lo hicimos pensando que con motivo de esta efeméride debíamos hacer algo más que construir autopistas y otras obras de concreto y acero, que desde luego son muy importantes. Pensamos que era un momento propicio para hacer una retrospectiva hacia cada uno de nosotros.

Tener un seminario que lo inaugure un Ministro del Interior y lo clausure un Presidente es una tarea altamente riesgosa, para todo aquello que se llame seminario. Sobre todo, porque se trata de caballeros que normalmente tienen otras preocupaciones, más que estar pensando en lo que van a decir en un seminario.

Sin ponernos de acuerdo, ambos pensamos que la forma de enfocar la discusión del Bicentenario es a partir del Chile de 1910, lo que nos remite a la presentación que hizo Cristián Gazmuri en la mañana de por qué los chilenos somos un tanto reiterativos.

Y como ustedes van a ver, algunas de las cosas que quiero comentar con ustedes tienen también que ver con 1910.

Quisiera decir que como Presidente, al clausurar este foro lo que hemos buscado es ampliar y profundizar, en el vasto horizonte de la América nuestra, una reflexión que en Chile iniciamos apenas comenzó la Comisión Bicentenario.

Con estas Jornadas, quisimos que quienes viven normalmente agobiados por la coyuntura tuviesen la ocasión de poder pensar nuestras identidades, nuestras ciudadanías, en una perspectiva de un largo aliento mayor. Y hacerlo en esa dimensión más profunda que otorga el diálogo con quienes se han consagrado a la investigación, a la reflexión más sistemática, sobre casi dos siglos de vida republicana en las naciones que emergen del derrumbe del imperio español y del imperio portugués en América.

La cercanía de estos 200 años nos anima a celebrar. El problema es qué celebrar. Y supongo que eso lo dejó perfectamente explicado Héctor Aguilar y no necesito entonces referirme a ello. Pero, además, cómo evaluamos en qué medida queda mucho más camino por alcanzar que lo que hasta ahora hayamos podido tener. Y pienso no sólo en nuestras actuales y limitadas metas, sino en cómo nos aproximamos a sueños que desde los tiempos de los libertadores han impulsado las luchas de nuestros pueblos por una vida mejor.

Entonces, claro, si adaptamos la perspectiva de cien años tenemos una perspectiva mucho más amplia que aquella con la cual se quieren medir los sucesivos gobiernos que hacen, en último término, un centenario.

Y es cierto que el gran dilema que, a mi juicio, hay en nuestros pueblos es la dificultad de tener una mirada larga ante las urgencias de la próxima elección. Y cómo entonces se establece una visión de país, o más amplia, o una visión de un continente, en lo que es una mirada más larga a partir de esta sucesión de miradas más cortas que son los programas de gobierno, las visiones que se plantean en una u otra forma.

En esto creo que la historia nos enseña algunas cosas y nos genera otras que son desafíos en la actualidad. Porque siempre a la historia la miramos desde los desafíos del presente. La historia no es sino cómo, en

una u otra forma, el presente nos obliga a interpretar el pasado, los hechos del pasado y por eso no hay una historia, sino muchas historias.

Y la historia de cómo miramos ahora los hechos de 1810 es distinta de las formas cómo se miró la historia de 1810 por los que estaban en 1910. Porque las demandas que uno le quiere hacer a la historia son distintas, las respuestas que busca son distintas, según los momentos que estemos viviendo.

Entonces la visión que compartimos acerca de la trayectoria de estos dos siglos de nuestra América tiene que alejarse, tanto del desapego objetivista de ciertas aproximaciones muy eruditas con el deseo de decir esta es **la** historia y no una historia, como de la manipulación oportunista de un pasado que se recorta para poder encajar con los intereses actuales, que es la otra gran tentación de algunos: usar la historia para poder responder nuestras urgencias del presente.

Si queremos ser fieles a nosotros mismos tenemos que tener una comprensión más cabal de lo que fue nuestro pasado, sus tensiones, sus rupturas, sus líneas de continuidad, para que esa comprensión nos ayude a entender mejor la tarea inconclusa del presente y la tarea abierta a la voluntad creadora de nuestros pueblos.

Y es aquí donde entro al tema de los dos centenarios. El primer Centenario, en 1910, es un momento cargado de símbolos y significados que contribuyó en la formación de un cierto imaginario nacional.

En Chile, se puede percibir cómo se conmemoró eso. Por una parte, encontramos la memoria de las fiestas, de las obras, de los discursos con que los grandes propietarios de la riqueza, los ostentadores del poder, convocaron a la sociedad en su conjunto a celebrar ese primer siglo de la Nación, que ellos sentían que se había forjado a su imagen y semejanza. Y eso caló profundamente en la subjetividad del país.

Por otra parte, tenemos la memoria de las críticas hechas por intelectuales representativos que cruzaban todo el espectro, desde un Mac Iver, que era un político de tremenda importancia en el Chile del Centenario y que hace esa demoledora crítica en *La crisis moral de Chile* de 1906, no obstante que él es expresión de aquello a lo cual está criticando. Un Encina, que fue miembro del Parlamento antes de dedicarse a historiador, del Partido Nacional, del partido que se considera-

ba heredero de la tradición más, podría decirse, "conservadora" de Manuel Montt. Y por cierto, quienes, como Recabarren, desde los sectores medios o populares, denuncian, junto a los otros, los graves problemas de vivienda, urbanización, salubridad, educación que se sumaban a la extrema inequidad que había en las relaciones laborales, un mundo de desamparo sin ninguna cohesión ante la enfermedad o la vejez.

Y todas estas críticas están en la base de la reacción posterior de Chile, en el Chile del 20, con Arturo Alessandri, donde se asume que, frente a ello, el Estado tiene que asumir ciertas tareas y ser capaz de crear la simiente de un cierto sistema de seguridad social en Chile.

Y digámoslo también, esas críticas del año 10, son las que están en la simiente del gran movimiento de expansión de la ciudadanía en Chile, así como de los grandes debates en torno a la modernización de la estructura económica y social de Chile durante el siglo XX.

Gazmuri probablemente se refirió en la mañana, a partir de un excelente compendio que publicó sobre cuáles son los críticos del Chile de 1910, y en el cual plantea: ¿qué es lo que es una crisis entonces? Por qué hablan del Chile en crisis, y ¿cuál es la crisis? Y él se remonta y, como siempre, llegamos a Francia, donde Saint Simon fue el primero en decir que la crisis ocurre cuando se produce la alteración de un sistema de creencias. No habría crisis cuando las creencias están aceptadas por todos en la sociedad. Pero después, claro, llegaron los economistas e inventaron las crisis económicas y esas cosas.

Se habla de un Chile en crisis hacia 1910, porque hay un grupo de intelectuales que altera el sistema de creencias y desafía esa suerte de apropiación oligárquica de lo nacional.

Ese desafío se expresa ese mismo año 1910 en un país como México con la primera gran revolución del siglo XX en América. Y el lema Tierra y Libertad, acuñado por los campesinos mexicanos, se va a extender por todo el continente dando forma a un anhelo que atraviesa todo nuestro segundo siglo de vida republicana: que la prosperidad y las libertades que sólo eran –y en cierta medida continúan siendo– el privilegio de una minoría, se extiendan como derechos de la ciudadanía a todas las clases sociales.

Siempre he tenido en la retina qué ocurre en Chile cuando a fines del siglo XIX hay una arraigada convicción de que el país va camino al desarrollo y eso se frustra. El maestro Aníbal Pinto escribe ese clásico de Chile. *Un caso de desarrollo frustrado* y cuando empieza a mirar más hacia atrás descubre que el Chile del siglo XIX es tremendamente similar –no se rían con lo que voy a decir– a la Suecia del siglo XIX.

Entonces uno empieza a decir, mire usted lo que le pasó a los chilenos y mire usted lo que le pasó a los suecos. Y este tema de jugar con estas dos visiones se me hace mucho más fuerte cuando en una ocasión Isabel Allende, la escritora, me dice: "Fíjate que he tenido un tremendo éxito editorial, mi libro *La casa de los espíritus* es best seller en Suecia, y he empezado a recibir cartas de Suecia en donde me dicen que están tan contentas de haber leído el libro *La casa de los espíritus*, porque el senador Trueba y la familia Trueba se parecen tanto a las descripciones que sus abuelos les hacían de la sociedad sueca". Hasta que un economista nuestro, Patricio Meller, hace un estudio comparativo de por qué Suecia hoy día es Suecia y por qué Chile, hoy día, es Chile. Y trata de explicar la diferencia que sigue en ambos.

¿Por qué digo esto? Porque hacia 1890 había la sensación en la sociedad chilena de un tremendo optimismo, que habíamos encontrado al final la fórmula de poder llegar a ser un país mucho más desarrollado, con mucho más crecimiento, una cosa distinta.

Y veinte años después, para el Centenario, en lugar de tener la gran fiesta de un país que logró encontrar un rumbo, hallamos un país que se debate en una crisis profunda en tanto pasa a ser cuestionado por la forma en que está siendo conducido por buena parte de su intelectualidad y por buena parte de los propios partícipes de esa situación.

Por eso, cuando planteamos la constitución de esta Comisión Bicentenario, había un tema más profundo que me venía de dentro, la preocupación de si este Chile del que todos hablan, que es tan buen alumno, que se porta bien, que hace bien las tareas, no vaya a pasarle lo mismo que al del Centenario.

Entonces me vino a cuento, lo que escribe Isabel Allende en *La casa de los espíritus*, creo, acerca del sermón de un sacerdote que se solazaba explicando que había que portarse bien, porque si no todos

iban a las penas del infierno y explicaba extensamente en qué consistían estas penas y todos los asistentes a la misa se iban asustando ante aquello que venía y en la parte más culminante una de las tías habría dicho: "Y si se chinga el diablo". No necesito decir lo que pasó.

Por ello es que me parece tan importante un análisis de lo que nos está ocurriendo. Pero a poco andar usted descubre que ese análisis es absolutamente insuficiente si no lo hace en un contexto mucho más amplio. Porque ¿qué duda cabe? que, en una u otra forma, hacia los ciento cincuenta años de vida independiente, en la década del 60, ya no era posible concebir a las patrias sin los pueblos, a las naciones sin diversidad y a nuestra América sin unidad.

Y esos tres elementos son una constante que, a partir de ese momento, vuelven a aparecer. Porque persisten discriminaciones, exclusiones, algunas que están originadas en la época colonial, otras asociadas a las nuevas formas de modernización del continente; pero siguen existiendo poderosos obstáculos a una construcción más plural de naciones, ampliación de ciudadanía, universalidad de los derechos. Pongámoslo así, si el mundo de 1910 era un mundo de naciones confrontadas y colonias sometidas, el de 1960 era un mundo que estaba escindido ideológicamente entre potencias dominantes y naciones que se debatían entre la dependencia y la soberanía, entre el conflicto y la cooperación.

El de hoy, cincuenta años después, es un mundo que está tensionado entre globalizadores y globalizados, está claro quiénes son los globalizadores, los que imponen las reglas; globalizados, los que tienen que soportarlas. Y también se debate, y si no miremos a nuestro alrededor lo que ocurre entre la uniformidad y la diversidad cultural, y la mayor parte de los conflictos tienen que ver más bien con temas que no están en el desfase económico social del siglo XX.

Es la proximidad de este nuevo Centenario del inicio de un proceso que condujo a hacer de nuestros países, naciones independientes, organizadas como repúblicas, lo que hace volver la mirada de los académicos, intelectuales, medios de comunicación, actores políticos e instituciones hacia lo que pasó en 1810, cuando nos independizamos, el balance de 1910 y dónde estamos ahora.

Cómo hacemos ahora nuestro propio balance de estos doscientos años de vida republicana y damos forma a un proyecto para este tercer siglo que iniciamos como naciones independientes.

Porque nuestras sociedades enfrentan desafíos enormes, tenemos una identidad compartida, que no es sólo un legado del pasado, es también materialización de sueños, proyectos, que nos unen en el presente y que se pueden proyectar hacia adelante.

De uno u otro modo debemos responder qué es lo que queremos ser, sin olvidar el tiempo que nos precedió, sus logros y lecciones.

En la actualidad uno puede pensar en lo nacional a partir de su diversidad y de la historicidad.

Este foro es, de alguna manera, señal de una cierta riqueza de expresión que no elude conmemorar un momento fundador como lo fue, sin duda alguna 1810, uno de esos momentos que marcan para siempre, a los que se regresa sin cesar, de un modo u otro, como nos dice Aguilar Camín en *La Guerra de Galio*.

Los chilenos tenemos el momento fundador de 1810 y tenemos otros momentos que nos marcan para siempre, 1973, porque es el momento más claro de un profundo desencuentro del alma nacional.

Y en nuestro esfuerzo de salir de ese momento que nos marcó en 1973, no nos dimos cuenta de que estaba emergiendo un mundo nuevo, un mundo muy distinto, un mundo donde primero se ha roto el equilibrio entre naciones.

Pongámoslo así: las relaciones internacionales consisten en equilibrio de naciones desde la Paz de Westfalia, allá por 1650, en Europa, cuando ese continente era el mundo, lo demás no existía. Y entonces cuando la política exterior es equilibrio de naciones y todo lo que viene después en el siglo XVIII, XIX ¿qué es, sino eso? Las guerras napoleónicas ¿qué son? Tratar de hacer algo distinto al equilibrio. Se unen todos contra Napoleón y restablecen el equilibrio. Y alguien podría decir que la última etapa del equilibrio de naciones es la Guerra Fría, en donde hay un equilibrio.

Ahora bien, en los últimos 300 años hemos vivido en un equilibrio, lo nuevo es que ahora no existe tal equilibrio. Y hay **una** potencia, por lo menos desde el punto de vista político y militar, y, por lo tanto, la

forma cómo nos aproximamos a esa nueva realidad es absolutamente distinta a la del pasado.

También empieza a emerger un mundo cada vez más global, más globalizado, en el que lo importante no es que haya más comercio, que ha habido siempre, sino la simultaneidad del fenómeno.

Es un mundo que requiere algún tipo de regulación. Pero la globalización marcha rápidamente y las instituciones multilaterales, que se supone deben establecer algún tipo de reglas para ese proceso globalizador, marchan muy tardíamente. Y las instituciones multilaterales que surgen de la Segunda Guerra Mundial son instituciones multilaterales que se quedan reflejando el escenario político de esa época con cinco grandes potencias; pero que no tienen que ver con la realidad del mundo de hoy.

Y cuando uno dice: "No queremos un mundo de globalizadores y globalizados", estamos diciendo, bueno: "¿Cuáles son las normas para ese mundo?", las que son indispensables, si queremos que los más pequeños puedan participar de ese mundo.

Si queremos participar o, independientemente de que queramos participar o no, vamos a participar. Y por eso me gusta una frase de Mandela que dice: "La globalización es algo que va a llegar, es como el invierno, sabemos que va a llegar, después del verano viene el otoño y después el invierno, y si sabemos que el invierno va a llegar nos preparamos: buscamos leña para el fuego, buscamos abrigo para cuando haga frío, etc."

Digo esto, porque los desafíos que pasamos a tener en este segundo Centenario tienen que ver con el que nuestras repúblicas actúen en un escenario absolutamente distinto. Y en consecuencia, que *si se chinga*, tiene que ver con si somos capaces o no somos capaces de anticiparnos en esto.

Observamos también la creciente disminución de los grados de autonomía de los países, *vis-à-vis* del nuevo sistema global. Los grados de autonomía desde el punto de vista de las políticas económicas que existían cuarenta, cincuenta años atrás, eran infinitamente mayores que los grados de autonomía que existen hoy, cuando todos los ministros de hacienda lo primero que hacen al levantarse en la mañana en

países como los nuestros, o en el Asia, o en cualquier otro país, es ver a cuánto está el riesgo-país en Wall Street.

Y claro, usted da examen ante los ciudadanos, pero también da examen ante unos señores que están allá y que nos ponen nota al riesgo-país, que sube y baja. Eso plantea determinados elementos con una disminución de los niveles de autonomía enormes. ¿Qué es más importante desde el punto de vista de la tasa de interés de un país, la que fije el Banco Central autónomamente en el referido país o la tasa de interés internacional que fija la reserva Federal en Estados Unidos o la política de Greenspan?

La interrelación es una realidad distinta y tiene que ver con países grandes y chicos y con países similares. Vean ustedes unas memorias de un presidente norteamericano que relata que asiste a la primera reunión del Grupo de los 8, en ese tiempo el Grupo de los 7, y en la cena entonces ve a un distinguido Presidente francés discutir molesto con un igualmente distinguido Primer Ministro alemán, diciéndole: "Hasta cuándo vas a priorizar la guerra contra la inflación. Mientras tú tratas de bajar la inflación, haces que la economía de Alemania crezca menos y, al crecer menos, me estás dificultando mi propio crecimiento en Francia".

Mire usted, ahí tiene usted a un Presidente francés enrostrándole a un alemán que está luchando contra la inflación y como resultado de la lucha contra la inflación produce efectos en Francia y puede perder la próxima elección, claro. De hecho, la perdió.

Entonces, cuando un país como Chile entiende y dice: "Yo me atrevo a participar del mundo, voy a participar del mundo y voy a ser global, voy a firmar acuerdos, voy a entenderme, porque creo que tengo capacidades para y aparecemos haciendo un montón de tareas", entonces el desafío como país es que un conjunto de normas no se van a cambiar si no se hacen colectivamente.

Doscientos años atrás, cuando nos quisimos independizar no fueron esfuerzos independientes de las nacientes repúblicas, sino que fueron esfuerzos colectivos los que lo hicieron posible.

Y cuando voy a un país como Paraguay, descubro que un importante general paraguayo participó, primero en las huestes de San Martín, y

después en las de O'Higgins y que posteriormente se embarcó para seguir combatiendo en Perú. Y para qué decir en todo lo que fue la Gran Colombia.

Doscientos años atrás, para cimentarnos como naciones, entendimos que era indispensable un "espalda con espalda" para enfrentar un desafío mayor como era lograr la independencia del imperio español. Y ahora la pregunta es: ¿Estamos en condiciones de tener una definición política lo suficientemente sólida en el escenario internacional, para producir determinadas mutaciones que nos permita modificar el cuadro? Y si no lo logramos modificar entonces, ¿qué sentido tiene todo este tremendo esfuerzo si en definitiva las reglas las ponen otros?

Por ello es tan importante el análisis colectivo que se hace con motivo de este segundo Centenario. Este tiene que ver con un mundo que cambió totalmente y que nos obliga a tener definido un proyecto de país relacionado con algo más colectivo. Y en este sentido, a ratos siento en Chile una excesiva autocomplacencia. Creo que es tremendamente peligroso, porque si bien hemos tenido éxitos en un conjunto de factores, tenemos todavía deficiencias muy serias. Pero también tenemos entre nosotros algunos Mac Iver, que forman parte de la elite política y que son los autoflagelantes.

En ese marco, creo que tenemos que tener infinitamente más cuidado en la forma en que estamos construyendo el país para no repetir la experiencia de 1910, cuando en medio de las fiestas del Centenario emerge con mucha fuerza una visión crítica por el tipo de sociedad que se estaba construyendo.

Al hacer este foro con participación de amigos que vienen de otras latitudes y que tienen una mirada sobre nosotros, hemos querido poder compartir, de ser posible, algo que he señalado a nivel político, ¿por qué no plantearnos un desafío? Cómo celebramos los 200 años con un proyecto más amplio y cómo eso nos plantea desafíos como país a cada uno de nosotros para no chocar por segunda vez con la misma piedra.

Soy tremendamente optimista. Todo político es un poco optimista, porque cree poder cambiar algo. Pero el optimismo no tiene que cegarnos frente a los problemas que tenemos.

En Chile hemos tenido tremendos éxitos, pero para que estos éxitos puedan continuar se requiere de un esfuerzo más colectivo a nivel de la América nuestra para poder tener mutaciones en el mundo.

Sin eso es más difícil. Un solo ejemplo: si nos aplican determinadas normas anti *dumping* respecto de ciertos productos, ¿qué explicación le doy a quienes se ganan la vida o trabajan vendiendo esos productos? ¿Qué explicación damos en Punta Arenas cuando la capa de ozono disminuye producto de los problemas climáticos que todos conocemos? Y si alguien me dice que no le gusta Kyoto, yo le digo: "Muy bien, pero dígame: ¿qué hacemos para enmendar aquello?" Porque son las emisiones de gases de determinadas características del Hemisferio Norte, de los países más desarrollados, las que producen los efectos y los inconvenientes.

Quisiera ver en el mundo actual un proceso gradual de incorporación de bienes públicos para satisfacer necesidades crecientes de la población, entendiendo por bienes públicos aquellos que los ciudadanos deciden que deben estar al alcance de todos.

Cuando usted dice educación obligatoria, cuatro años, doce años, seis años, es como decimos ahora que la educación es un bien público de tal manera que debe estar al alcance de todos.

Cuando usted hace una reforma a la salud profunda como en el caso del AUGE, la salud es un bien público al alcance de la mano.

Hay otros bienes públicos, mis amigos, que empiezan a ser bienes públicos globales, que se definen a nivel global. La paz es el primero de los bienes públicos, por supuesto. El respeto a los derechos humanos crecientemente lo es. Pero el cuidado del medio ambiente es otro bien público a nivel global, porque está claro que no se puede resolver a nivel nacional.

Es aquí donde me parece que hay un conjunto de elementos que nos obligan a repensar y, en consecuencia, al clausurar esta reunión lo que quiero es dejar más preguntas que respuestas. Porque creo que lo que estamos haciendo es un esfuerzo por ver de qué manera estamos en condiciones de celebrar en serio esta fecha un tanto imaginaria de los 200 años del 2010.

Tenemos que ser capaces de mirar lo que fuimos doscientos años atrás y los desafíos que tenemos frente a un mundo que cambió, pero que talvez nos plantee desafíos similares. Porque, en definitiva, en 1810 queríamos ser más independientes. Y ahora percibimos que, para serlo, como en 1810, tenemos que volver a tener espalda con espalda para enfrentarnos a un mundo más global, más difícil, más complejo.

Y es en ese contexto donde me parece que tenemos tanto que aprender y que caminar todavía. Y, por lo tanto, nos ha parecido que el debate intelectual sobre estos temas pasa a ser central, particularmente a la luz de lo que nos ocurrió, al menos en Chile, en aquel Centenario en el que descubrimos que estábamos en los inicios de una gran crisis respecto de cómo entendíamos el futuro del país.

Y, por lo tanto, lo que hemos querido con esta reunión es poder iniciar un debate real para poder enfrentar el año 2010 con más respuestas que preguntas. No diría con más certezas, que son difíciles en estos días, pero sí, al menos, con más convicciones para poder dar una respuesta política.

Quiero agradecer a todos los que aquí participaron en estas presentaciones y ojalá podamos continuar este debate en el nivel que los exponentes en el día de hoy lo han hecho.

Muchas gracias por la participación de ustedes.